

poniendo de mi caudal las pinturas del infierno y los episodios de Pedro y de los milagros contenidos en el canto segundo, quitando algunos otros que con su excesiva monotonía hacían muy pesada su lectura, á pesar de sus grandes bellezas de primer orden, corrigiendo en su mayor parte la versificación ó haciéndola de nuevo. A esto di el título de *compendio* cuando en 1837 publiqué en París el fruto de mi tarea, y envié aquella edicion algo incorrecta á mi país ardientemente amado, la América meridional. La *Cristiada* habia nacido en el Perú, y despues de mas de dos siglos volvia á presentarse rejuvenecida por un hijo de aquella religiosa república; y así era justicia que á ella volviese lo que por derecho le pertenecia. Algunos ejemplares traídos á España únicamente por regalarlos á varios amigos y no pocos que se repartieron en Francia y en Italia, han granjeado á Hojeda una porcion de admiradores, poetas y no poetas, cuyos elogios no era de esperar que se prodigasen á un trabajo, que si bien se habia acometido con el hervorcillo que abraza las venas del hombre en la fogosa y entusiasta edad de 22 años, no podia prometer la cordura y discrecion necesarias para poner la mano sin nota de temeridad en un argumento épico. Pero aquí se ha verificado aquella tan sabida sentencia: *Audaces fortuna juvat*; por lo cual me he resuelto á dar al público esta edicion mejorada con los adelantamientos consiguientes que hacerse suelen en la juventud y con las observaciones que de varias personas he podido oír y recoger en estos cuatro años. En literatura y en moral soy de parecer que nadie tiene motivo de avergonzarse por dar á sus obras toda la perfeccion posible, corrigiéndolas una y mil veces. Sé que los frutos de nativa hermosura tienen la belleza de Eva antes de su pecado; pero tambien arrebatan mi imaginacion el maniqueo disoluto hecho doctor de la Iglesia, y la mujer impúdica hecha ángel de los desiertos: Agustín y María la Egipcíaca transformados por su correccion y enmienda de carbones de iniquidad en soles esplendorosos de inmaculada justicia. Aplíquese es-

ta idea á las producciones del ingenio y se la verá confirmada en la presente.»

Dejando pues al juicio de los lectores el fallo sobre las cuestiones literarias que aquí podrian ofrecerse, nos contentaremos con hacer notar algunas de las muchas preciosidades que se encierran en la *Nueva Cristiada*.

Otros poetas españoles se han ocupado en revestir de formas sensibles á los siete pecados mortales, presentándoles en personificaciones á propósito para expresar sus deformidades características; pero mucho dudamos que en esta parte se haya escrito nada superior á las magnificas pinceladas del Sr. de Berriozabal, al pintarnos á Jesus en el huerto de Getsemaní con la misteriosa vestidura de las siete fajas.

Con pavoroso manto el firmamento
La noche melancólica cubria
Y con ronco zumbido el vago viento
En la celeste bóveda gemia,
Y lúgubre clamor de sentimiento
Aun el monte mas duro despedia,
Cuando á Getsemaní Jesus llegaba,
Y en ondas de dolores se anegaba.

¡Ah, que de pecador tragedia triste
En figura de todos representa,
Y de sus culpas una ropa viste
Tejida en maldicion y vil afrenta!
Intrépido vistióla y no resiste
Ser por ella arrojado en la tormenta:
La vestidura siete fajas tiene
Y culpa grave cada cual contiene.

En la primera está la majestosa
Libre Soberbia, grave y empinada,
En ancha silla de marfil preciosa,
Con régia pompa de ambicion, sentada.
Ciñe su adusta frente nebulosa
Aurea corona de humo vil tiznada,
Y su erguida garganta collar rico,

Y para su altivez el mundo es chico.

La insaciable, tenaz, seca Avaricia,
De tristes ojos y coraje hambriento,
De oro cercada y llena de codicia,
Abre cien bocas, tiende manos ciento.
Con aquellas da paz á la injusticia,
Con estas de su bien busca el aumento;
De sangre de pequeños se mantiene
Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Los treinta escudos con que al ciego Judas
Por la sangre de Cristo gratifican,
Están pintados, y con lenguas mudas
Su nefanda maldad allí publican.

¡Oh buen Dios! ¿Que á pagar por él acudas
¡Ay! con tus venas que tu amor explican?
¿Y él que te venda por tan bajo precio?
¡El altísimo Dios en tal desprecio!

Entre lascivos fuegos abrasada
Como el incendio de alquitran terrible,
En la tercera parte dibujada
Se mira la Lujuria incorregible:
Ostentando su faz desvergonzada,
Su mano carnicera, vientre horrible
Y altivo cuello, con inmunda boca
A la encendida juventud provoca.

Con arrugada frente y secos labios,
Lanzando chispas de sus turbios ojos
Y de la boca horrisonos agravios,
Y con las manos prometiendo enojos
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,
Guerras, victorias, armas y despojos,
Está la Ira fatal de brazo fuerte;
Voces da, piedras tira, sangre vierte.

Una mesa riquísima, de flores
Y diversos manjares adornada,
Cercando están valientes comedores
De gesto ufano y vida regalada.

Preciosos vinos, árabes olores
Rodean á la Gula destemplada,
Que en los ricos palacios de los reyes
Impone torpes ó brutales leyes.

Sirven de rubias y tendidas hebras
A la Envidia de aspecto formidable,
Ensartijadas hórridas culebras,
Que le ciñen el cuello abominable.
Torva los yerros ve, mira las quiebras
De la gente en virtudes admirable,
É imperceptibles faltas desentierra,
Que el hombre frágil, aunque justo, encierra.

El postrero lugar ocupa ociosa,
Lánguida la Pereza en torpe lecho,
Allí en calientes sábanas reposa
Puestas las manos en el muelle pecho;
Allí sueña, allí duerme lagañosa,
La noche prolongando sin provecho;
Y aunque despierte al retemblar la tierra,
Luego los ojos nuevamente cierra.

Sentimos que el Sr. de Berriozabal cuidase hasta tal punto de la fuerza de la imágen en la descripción de la *Pereza*, que se dejase llevar hasta el mal gusto, permitiéndose el vocablo *lagañosa*; lunar que resalta tanto mas cuanto que se tropieza con él, despues de haber admirado lo magnífico de la versificación y de la poesía. Permítanos el ilustre autor tamaña severidad; bien sabe que en asuntos de crítica, si los trabajos han de ser concienzudos, es preciso dejar aparte las consideraciones de la amistad.

El congreso de los espíritus infernales es tambien un pasaje lleno de poesía. Despues de tantas descripciones como se han hecho de la region de tinieblas y de sus terribles moradores, parecia difícil escribir nada que pudiese llamar la atención; sin embargo el autor de la *Nueva Cristiada* ha encontrado en su imaginación abundantes recursos para hacer su cuadro interesante, realizando además

la fuerza y brío del pensamiento con una versificación tan soberbia que hace resonar á nuestros oídos el fragoso estrépito de las bóvedas del Averno.

Del monarca infernal el furor sube
Recelando que Cristo sea el Verbo:
Torbellinosa la de incendios nube
Mas le devora el corazón protervo:
La frente impía del infiel querube
Surcan mas rayos, y el dolor acerbo
Desgarrándolas vierte en sus entrañas
Todo el raudal de sus atroces sañas.

Una torre de sierpes y alacranes
Sobre sus ígneas crines se encarama;
En sus oídos zumban huracanes
De alarido eternal que ronco brama;
A sus plantas revientan cien volcanes;
Le anega mar de hiel, betún y llama;
Con lanzas de diamante agudas ciento
Está clavado al monte del tormento.

Con la tartárea trompa hondisonante
Sus rugidoras iras sempiternas,
Estremeciendo, en son horripilante,
Las pavorosas, lóbregas cavernas
Llaman al escuadrón centelleante,
Que de las claras bóvedas supernas
Cayó rodando á la mansión de llanto,
Dó le horroriza perdurable espanto.

La hondísima región de la tiniebla
Un mar de sangre espumajosa inunda;
La retronante bóveda de niebla
Fuego devastador llueve iracunda:
Muchedumbre de crímenes la puebla;
La muerte con sus brazos la circunda:
Y de la eternidad la pesadumbre,
Forma su férreo muro y su techumbre.

De Luzbel al acento soberano

De espíritus se junta el bando fiero:
Blandiendo un rayo en su vibrante mano
El altivo dragón llega primero
Que por Jove adoró ciego el romano;
Y el que Apolo fingióse palabrero,
Segundo viene envuelto en lumbre roja
Que cual sol infernal chispas arroja.

Y el que sañudo presidió á la guerra,
Llevando el mástil de un bajel por lanza,
Y á cuyo carro retembló la tierra,
Con ignívoros ojos de venganza,
Que al mas robusto corazón aterra,
Ya del oscuro rey llega á la estancia:
Y el que Chipre adoró por Vénus bella,
Y el que culto exigió de la doncella.

También el diligente mensajero,
Que falso padre fué de la elocuencia,
Alado en piés estuvo allí ligero,
Solemne ostentador de antigua ciencia!
Espíritu en delirios lisonjero,
Gran pintor de fantástica apariencia;
Y el que á sus hijos devoró tirano,
Y el que fingió frenar el mar insano.

Y el oro vil que presidió al becerro
Por Dios tenido, y en crisol forjado,
Efecto pertinaz del loco yerro
Del pueblo de Israel desatinado,
El oro antiguo convertido en hierro,
Y de buey el aspecto conservado,
Bajó dando bramidos pavorosos
Con los dos de Samaria fabulosos.

Ni los Dioses en Méjico temidos
De aquel horrendo cóncave faltaron,
De humana sangre bárbara teñidos
En que siempre sedientos se empaparon:
Ni del Perú los ídolos fingidos
Que en lucientes culebras se mostraron:

Ni Eponamon, indómito guerrero,
Deidad altiva de Arauco fiero.

Junto el Senado con solemne pompa,
La boca, que parece catacumba,
Abre el tremendo rey: cual son de trompa,
Cual airado huracan su aullido zumba:
Tormenta atroz que en trueno bronco rompa,
No con fragor tan hórrido retumba,
Ni terremoto que en tronante guerra
Derrumba montes y desgarrá tierra.

« ¡Príncipes, dice, torcedor agudo
Hoy mas que nunca me traspasa el pecho!
Que Cristo sea el Verbo ¡ay de mí! dudo;
Y ¡oh dolor! ¡oh dolor! que lo es sospecho.
¡Ay de Luzbel! ¡ay de Luzbel sañudo!
¡Ay de Luzbel! ¡ay de Luzbel! ¿Deshecho
Será mi imperio? ¿Cerrará mis' puertas
Estando al hombre las del cielo abiertas?

» ¡Mas ay!... ¡Deliro!... Buscaré camino
De saber la verdad: id luego todos
Y notad si es humano ó si es divino
Por estos nuevos y terribles modos.
Si el tronco de Dios excelso vino
Al cieno vil de los terrestres lodos,
Probado con deshonra y con violencia
Inhumana y atroz, tendrá paciencia.

» Volad, y por caminos diferentes
Afrentas procuradle nunca vistas,
Rudas mofas, oprobios indecentes,
A que tú, Cristo, con valor resistas.
Juntad soberbios pechos insolentes,
Manos y almas guerreras y malquistas.
Id presto, furias del estigio lago,
Y haced que sufra carnicero estrago.

» A los unos envidia mordedora
Y á los otros soplad soberbia altiva,
Y al vulgo adulador que en Salen mora,

Lisonja infame y abyeccion nociva.»
Al punto aquella horrificá y traidora
Alada multitud se lanzó activa,
Llevando al Salvador sañosa guerra
Y en vivo infierno convirtió la tierra.

El aire con asombros ofuscaron,
De fantasmas la opaca luz cubrieron,
Con mentiras las almas perturbaron,
De engaños los espíritus hinchieron:
Entre la ruda plebe se mezclaron,
Y en la gente mas noble se ingirieron,
Derramando dó quier iras, furores,
Cual lava los volcanes tronadores.

A mas de las obras indicadas tiene el Sr. de Berriozabal otras varias: entre ellas la traduccion de un poemita italiano de Angel Mazza, titulado *Maria al pié de la Cruz*, que ha publicado á continuacion de las poesías de Lamartine, la de la historia de la milagrosa conversion del Sr. Ratisbonne del judaismo á la religion católica, escrita en francés por el Sr. Baron de Bussieres, y la de la *Historia compendiada de la Religion* escrita en francés por Carlos Francisco Lhomond. Inútil es decir que en estos trabajos no se ha mostrado inferior á sí mismo. La *Historia compendiada de la Religion* va precedida de algunos discursos del traductor, donde se encuentran pasajes, verdaderos modelos por las majestuosas galas del estilo y la pureza y correccion del lenguaje. Tambien es notable su *Manual de los devotos de Maria*, que contiene oraciones y ejercicios piadosos en honra de la Santísima Virgen, á los cuales están concedidas indulgencias por los Sumos Pontífices, noticias y documentos de dichas indulgencias; y meditaciones para todos los dias del mes sobre las perfecciones de su corazon, traducidas del italiano: y algunas poesías originales en loor de la misma Señora. En un siglo en que tanto campean la incredulidad y el indiferentismo, no se avergüenza el Sr. de Berriozabal de manifestarse cristiano y cristiano piadoso, que profesa la

mas tierna devocion á la Virgen, y se complace en ofrecerle las producciones de su talento.

El Recreo poético religioso, es una pequeña coleccion de poesías dedicada á las hermanas de Caridad. «¿Y cómo sería posible, les dice el autor, que yo os negase estos pocos versos que se me han pedido para vuestro inocente recreo? Justo es que en medio de vuestros cuidados é incesantes ocupaciones tengais algun pequeño desahogo; pero aun este dispuso vuestro fundador San Vicente de Paul que se espiritualizase, por decirlo así, alimentando el divino fuego de vuestros corazones con diversos cantarcillos en alabanza de Dios y de sus santos. Para tan piadoso objeto he formado esta coleccioncita de miniatura, cuyas composiciones son todas de verso corto y de una sencillez parecida al bellissimo candor de vuestras almas.»

Para dar una idea del género y estilo de estas composiciones, trasladamos á continuacion algunas muestras. Sea la primera la en que resuenan los tiernos gemidos de una niña, dirigidos á su madre, donde hay pasajes de una delicadeza admirable.

EL ALMA DEL PURGATORIO.

Así con flébiles voces
Desde el purgatorio grita
Un ánima sin consuelo
A su madre olvidadiza:
¡Ay madre, madre adorada,
Dulce amor del alma mia!
¿Tan presto me has olvidado
Y me abandonas cautiva?
¡Cautiva estoy en la cárcel
Del purgatorio sombría,
Pidiéndote me socorras

En tan horrenda desdicha!
Un torbellino de fuego
Furiosamente me agita,
El tormento es mi vestido,
Es el llanto mi bebida.
Empero el dolor mas vivo
Es carecer de la vista
De aquel Dios de mis amores
Que ejerce en mí su justicia.
Este mi Esposo divino
Por mi libertad suspira,
Mas el romper las cadenas
Es cargo que á tí confia.
Él en tus manos ha puesto
La salvacion de tu hija.
¿Y así tú me desamparas
Ni mis dolores alivias?
¿Y dónde están las promesas
Que de no olvidarme hacias,
Cuando en mi lecho de muerte
Llorándome dolorida,
Con el ardor de tus besos
Mi tez pálida encendias
Dándome en ellos el alma
En la acerba despedida?
Entonces cuando á mis ojos
Para siempre el mundo huia,
De su fuga me burlaba
Con apacible sonrisa,
Pues nunca me enamoraron
Sus mentirosas delicias;
Y en aquella feliz hora
A mi inocencia tranquila
Fué el morir un dulce sueño,
Que en el seno yo adormida
De mi celestial Esposo,
Gozaba de sus caricias.